

ALONSO IBARRA, Miguel: *Cruzados sin gloria: el ejército de Franco en la guerra civil*. Barcelona, Pasado & Presente, 2025, 659 pp., ISBN: 978-84-128995-2-8.

David Alegre Lorenz<sup>1</sup>

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfv.37.2025.47020>

La obra de Miguel Alonso Ibarra marcará una época en la historiografía dedicada al estudio de la guerra civil española, no solo en lo que se refiere a su dimensión puramente militar, sino también a sus variables sociales, políticas y culturales. Uno de los grandes méritos de esta investigación radica en su capacidad para hacer un análisis representativo de la experiencia de los oficiales de campo y los soldados de a pie del ejército golpista. Lo hace a partir de los parámetros más avanzados de la mejor historia social y cultural de la guerra, una corriente que se viene preocupando desde hace décadas por explicar cómo mueren, matan y sobreviven los hombres en el frente, pero también por analizar cómo les transforma el paso por los campos de batalla o hasta qué punto dichas experiencias contribuyen a la construcción y sostenimiento de nuevos ecosistemas culturales y modelos de sociedad. Por eso mismo, *Cruzados sin gloria* ocupará también un lugar importante en las estanterías de aquellos dedicados a entender cómo se forjó y consolidó la dictadura franquista, cuáles fueron las causas de su larga duración o cómo se generaron los consensos de los que se nutrió.

Hace apenas tres lustros, en lo que a la producción historiográfica se refiere, el conflicto del 36-39 aparecía como una guerra que se abordaba sin tener en cuenta aquello que le es más característico: la guerra misma. En ello tuvieron mucho que ver las urgencias de los años ochenta en adelante, cuando la comunidad académica se vio obligada a realizar esfuerzos titánicos y acelerados para conectar con los debates y tendencias globales de las décadas anteriores. En aquella ardua tarea para repoblar los desoladores páramos creados por cuarenta años de dictadura, el cultivo de una historia militar de calidad casi nunca constituyó una prioridad. Aún con todo, hubo notables excepciones, algunas de muy largo aliento, como Gabriel Cardona, Fernando Puell, Carlos Navajas, Manuel Ballbé o Carlos Seco, entre otros, que sobre todo abordaron el militarismo y el papel decisivo del Ejército en la gestión del orden público durante la Restauración.

No obstante, fueron tres los historiadores que más contribuyeron a crear el fantástico escenario historiográfico que disfrutamos hoy en España en lo que respecta a los temas que nos ocupan. Hablo de Eduardo González Calleja, Xosé M. Núñez Seixas y Javier Rodrigo, que irrumpieron en los debates público-académicos

---

1. Universitat Autònoma de Barcelona. C. e.: [david.alegre@uab.cat](mailto:david.alegre@uab.cat); ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3214-1185>

en los años del último cambio de siglo y que nos invitaron a pensar los asuntos militares y la historia de la guerra desde prismas diferentes a los habituales. Tal cosa fue posible por la notable capacidad de dichos expertos para cubrir temáticas muy diversas, por su contribución decisiva a la importación y generación de nuevos conceptos, debates y herramientas de análisis, por su ingente y destacada producción académica y por su pionera imbricación en los debates internacionales.

El estudio de la guerra sin la guerra misma nos ha privado a menudo de una variable necesaria para entender muchas cosas, entre otras el enorme peso que tuvieron la evolución de las operaciones y el abordaje de los numerosos retos militares que enfrentaron los contendientes en aspectos de lo más diverso: las políticas eliminacionistas, los conflictos políticos en ambas retaguardias, la mayor o menor eficacia en la gestión de los recursos, etc. Quizás fuera *Cautivos*, de Rodrigo, la obra que más contribuyó a destacar esto allá por 2005, al conectar la organización y expansión del sistema concentracionario golpista a las necesidades crecientes derivadas de lo que acabó siendo una guerra total. Una nueva generación de historiadores se ha preocupado de estas y muchas otras cuestiones, entre los cuales conviene destacar a James Matthews, Ángel Alcalde, Francisco Leira, Luis A. Ruiz Casero, quien escribe estas líneas y el propio Miguel Alonso con esta obra. Todos ellos se han caracterizado por su acercamiento a una de las experiencias más significativas y decisivas del conflicto, a saber, la de los centenares de miles de españoles que se integraron en las fuerzas golpistas.

La investigación de Miguel Alonso constituye el producto más depurado y completo de la corriente de estudios inaugurada en 2012 con la aparición de *Reluctant Warriors*, de Matthews, que se centraba en la conscripción y encuadramiento de los jóvenes movilizados por los ejércitos golpista y republicano. De hecho, el autor de *Cruzados sin gloria* contaba ya con una trayectoria muy contrastada a sus espaldas antes de la aparición de su nuevo libro. Efectivamente, Alonso creció y se formó como investigador beneficiado por la revalorización experimentada en la década de 2010 por la historia social y cultural de la guerra. Sin embargo, él mismo fue un protagonista muy destacado de los esfuerzos que han hecho posible entorno académico privilegiado en el que trabajamos hoy dentro de este campo. En ello tuvo mucho que ver su activo papel como coeditor de la *Revista Universitaria de Historia Militar* durante casi una década, como organizador de encuentros científicos que han reunido durante años a algunos de los principales expertos internacionales, como coordinador de varios monográficos y libros colectivos y como autor de una nutrida producción investigadora sobre las temáticas que nos ocupan.

*Cruzados sin gloria* se nutre de lo mejor que se ha publicado en estos últimos quince años, a la par que se enmarca en las coordenadas establecidas tanto por los maestros que le preceden como por sus compañeros de generación, con los que entra en debate a partir de sus propias interpretaciones. Su trabajo se construye con un grado de detalle y minuciosidad casi obsesivo, bien conectado a los principales debates globales y a las perspectivas historiográficas más avanzadas,

con un conocimiento envidiable del sistema estatal de archivos y apegado a unas fuentes que maneja con un aparato crítico impecable. De hecho, esa es otra de las grandes virtudes de la obra de Alonso: el ingente esfuerzo de exhumación documental que ha llevado a cabo durante muchos años, abordando con gran sistematicidad y amplitud fondos que habían permanecido ignorados durante décadas, al menos con los fines para los que son utilizados en *Cruzados sin gloria*. Hablo sin ir más lejos de la documentación generada durante la guerra por la justicia militar, pero también de los inagotables y muy diversos materiales custodiados en el Archivo General Militar de Ávila, o de las hojas de servicios y los tribunales contradictorios de ascensos o concesión de condecoraciones del Archivo General Militar de Segovia. Junto a las decenas de memorias de guerra trabajadas por el autor, este es el grueso de la enorme cantidad de fuentes sobre los que se construye su investigación, cuyas principales ideas desgloso a continuación:

En el capítulo 1, «De Marruecos a Madrid», Alonso subraya y demuestra la naturaleza radicalmente moderna de la guerra civil, que no contaba con precedentes en la historia de España. En este sentido, las exigencias crecientes de la guerra derivaron en la creación y organización de sendos ejércitos de masas marcados por la improvisación y la precariedad, tanto en términos de equipamiento como de instrucción. Esto obligó a la oficialidad y a la tropa a un traumático esfuerzo de aprendizaje y adaptación sobre la marcha que explica en buena medida el altísimo coste del conflicto en términos de bajas. Así pues, apunta Alonso, si la oficialidad golpista recurrió en los primeros momentos de la guerra a métodos propios de las campañas de Marruecos no fue por cuestiones ideológicas, sino porque se trataba del bagaje y de las herramientas de que disponía en su mayor parte para enfrentarse al difícil escenario creado por el fracaso del golpe de Estado.

El capítulo 2, «Un ejército de masas para la guerra total», pone de manifiesto que el constante avance de las fuerzas militares golpistas se saldó con un goteo de bajas incesante. A pesar de ello, la cultura militar impuesta desde las más altas instancias golpistas, dominante entre la oficialidad, no ajustó los objetivos a los medios con los que contaban las unidades sobre el terreno, a menudo muy mermadas y reforzadas por reclutas bisoños sin apenas instrucción. En este sentido, los oficiales de campo se enfrentaban a una presión altísima por cumplir con los objetivos asignados, pues se entendía que el valor y la hombría debían bastar para superar las limitaciones materiales, cosa que pagaban los propios combatientes a costa de su integridad física y psíquica o de sus vidas. De hecho, el autor demuestra que aunque los graves problemas del ejército de masas golpista solían ser detectados de manera constante casi siempre faltaban los recursos necesarios para ponerles solución.

Relacionado con lo anterior, el capítulo 3, «La Laureada o el paredón», apunta a la existencia de un modelo normativo y deseable de masculinidad promovido por las máximas autoridades militares golpistas. En buena medida, este buscaba compensar las enormes carencias con las que se enfrentaron a la guerra las unidades

de primera línea, sobre todo cuando se trataba de sostener el frente en combates a la defensiva contra un enemigo superior. La obligación de responder a las expectativas, frente al riesgo de enfrentarse a un tribunal militar en caso contrario, dio lugar a situaciones irracionales y a pérdidas que podrían haberse evitado con retiradas tácticas y correcciones de la línea. Antes bien, se prefirió promover una obediencia jerárquica incuestionable, incluso cuando el conocimiento real de la situación sobre el terreno aconsejaba lo contrario, una mentalidad que cimentó los fundamentos mismos de la dictadura. Además, los enormes sacrificios derivados de esta forma de proceder contribuyeron a nutrir el relato de la Cruzada de hombres que perdieron la vida, pero fueron convertidos en héroes, y hechos terribles, que fueron tamizados mediante su resignificación heroica.

En el capítulo 4, «El modo rebelde de hacer la guerra», Alonso cuestiona la tesis de que Franco librara de forma deliberada una guerra larga cuyo fin último habría sido consolidar su poder personal y eliminar de manera sistemática a los supuestos enemigos de España. Este consenso historiográfico, hasta hace poco defendido sin fisuras con poco fundamento en las fuentes, cae por su propio peso cuando observamos que una parte muy significativa de los asesinatos golpistas se concentró en el primer medio año de guerra. Sin embargo, el propio autor demuestra que, lejos de desaparecer, las políticas de control social, identificación y eliminación de amenazas evolucionaron al calor de la evolución de la propia guerra. Además, pone de manifiesto que la larga duración de la guerra tuvo mucho más que ver con la propia capacidad combativa del ejército republicano y con el repertorio de conocimientos militares de Franco, que a menudo le hacían optar por batallas de desgaste, como las de Teruel o la del Ebro, en la esperanza de que la destrucción de las fuerzas enemigas por esta vía aceleraría el final de la guerra. Finalmente, hacia la primavera de 1938 es evidente que no pesaba ninguna amenaza sobre el poder total del dictador, y aún con todo el fin del conflicto regular tardaría un año entero en llegar.

El capítulo 5, «Combatir, sobrevivir, huir», analiza las diversas estrategias de supervivencia y gestión del miedo por parte de los combatientes, la mayor parte de los cuales se vieron expuestos a la fuerza a escenarios de exigencia y grave peligro para sus vidas. Una idea insoportable para la mayor parte de ellos, voluntarios o conscriptos, era la posibilidad constante e inminente de lo irreparable, de la herida y el dolor atroces, de la muerte repentina sin más. Algunos se consolaban en la superioridad material del bando golpista, otros sencillamente de despistaban el mayor tiempo posible en las profundidades de la retaguardia para eludir el servicio. Por supuesto, no fueron extrañas las automutilaciones que se intentaban pasar como heridas de combate para conseguir un pasaporte a la red hospitalaria. Lo que subraya Alonso es que, a pesar de los constreñimientos impuestos por la disciplina castrense, los combatientes tuvieron cierto margen de maniobra para establecer el tipo de relación que querían mantener con el conflicto a cada momento, que por lo demás varió a lo largo de los meses y las coyunturas.

En el capítulo 6, «La calma de los frentes», el autor cuestiona la idea de que existieran frentes tranquilos durante la guerra civil, donde sigue la línea de investigación inaugurada por Luis A. Ruiz Casero. Más bien al contrario, se trata de escenarios donde las unidades y sus hombres fueron sometidos a una constante exigencia, en parte por la necesidad de mantenerlos en tensión, bregados e instruidos, con rectificaciones de la línea y golpes de mano constantes. El alto coste de este tipo de operaciones también es una buena muestra de la capacidad de las autoridades republicanas para levantar un ejército de masas capaz de sostener el pulso de la guerra frente a los golpistas durante casi tres años que duró esta.

El capítulo 7, «Camaradas», es uno de los más especiales de la obra, a juicio de este reseñador, pues trata uno de los temas más en boga dentro de la historiografía global dedicada a estas cuestiones: la sociabilidad en las trincheras, el tipo de microcosmos cultural que se genera en torno a esta o la manera en que los propios combatientes codifican su propia experiencia. En este sentido, fueron decisivos los grupos primarios que surgieron dentro de las unidades más pequeñas, marcados por la lealtad y la solidaridad hacia los compañeros con los que se compartía el día a día, tal y como ocurre con cualquier ejército en campaña. Las fuerzas golpistas se vertebraron a partir de estas células surgidas de la convivencia cotidiana y de las penalidades compartidas, así se dotaron de su capacidad de resistencia y esto fue lo que hizo posible su victoria, aunque las estrechas relaciones también dieron lugar a inquinas y conflictos que Alonso rastrea y analiza a partir de la documentación. Al fin y al cabo, una de las virtudes de su obra radica en la capacidad para mostrar el carácter poliédrico, complejo y contradictorio de la experiencia de guerra en un mismo combatiente, que poco tiene que ver con las narrativas interesadas que promovió la propia dictadura durante décadas.

El capítulo 8, «La forja violenta de la Nueva España», se centra en los abusos y actos de violencia ocurridos al calor de las operaciones militares o las ocupaciones de poblaciones, un tema en el que Alonso se ha destacado desde hace años como el principal experto español. En general, dicha violencia dependía de multitud de factores, entre otros, muy importante, la tolerancia de las propias autoridades golpistas, con una amplia autonomía de los oficiales con mando sobre tropa para decidir sobre la conveniencia o no de aplicar castigos frente a determinados comportamientos. En este sentido, la relación con sus tropas y la comprensión para con estas solía ser determinante. Por ejemplo, el asesinato de prisioneros de guerra, de manera muy particular y constante cuando se trataba de brigadistas internacionales, solía tener mucho que ver con la frustración y la impotencia que provocaban las bajas propias entre los combatientes, que pagaban con el sujeto más demonizado, a saber, el voluntario extranjero al que a sus ojos nada se le había perdido en España. En última instancia, el combatiente tenía un amplio grado de autonomía para decidir cómo utilizar su poder, y a menudo las autoridades ampararon los abusos porque consideraron que se alineaban con sus intereses.

El capítulo 9, «Vencer y convencer», cierra la obra buscando entender cómo permeó a los combatientes el proyecto, el discurso y los valores políticos promovidos por las autoridades golpistas, es decir, en qué grado la experiencia de guerra contribuyó a la politización de los soldados y hasta qué punto se acabaron identificando con el bando para el que combatían. En este caso, Alonso dibuja una realidad extremadamente caleidoscópica, por diversa y cambiante, como corresponde a un ejército de masas que integró a sujetos de orígenes muy variados, pero que al fin y al cabo se enfrentaron al mismo escenario, la guerra, en unas coordenadas compartidas, las del ejército rebelde. La idea más potente de Alonso apunta que los combatientes fueron protagonistas activos en la forja de la cultura política que sustanció la dictadura, al apropiarse con sus propios fines de ciertos presupuestos golpistas con los que se sentían más cómodos, reelaborándolos con el fin de hablar el lenguaje del poder y acceder a los beneficios de la victoria. Los desengaños derivados del final de la guerra no impidieron que infinidad de veteranos abrazaran de forma abierta y después de muchas décadas los ideales de la dictadura, lo cual también tuvo mucho que ver con la necesidad de dar sentido y valor a unas vidas que quedaron marcadas para siempre por lo que vivieron entre 1936 y 1939.

En conclusión, *Cruzados sin gloria* es una obra de estilo. En cada una de sus páginas se manifiesta el pulso de un historiador brillante y apasionado, que ha sido capaz de parir una investigación holística, por su capacidad para cubrir la experiencia de los combatientes franquistas en toda su magnitud y variables, pero también titánica, por la tenacidad y la profundidad con que reconstruye y documenta su objeto de estudio. Por mucho que llegue a casi noventa años de distancia de los hechos que aborda, no hay duda de que marcará los debates del centenario y será una fuente de inspiración para aquellos que se irán incorporando al oficio en esta próxima década.